

LOS CELTAS EN LA ESCRITURA IBÉRICA

Eulogio Losada Badía

Universidades de Lyon III y de Paris-Nanterre

Abstract

This essay intends to discuss the problems involved with the specific phonetic system, from the North to the South of the Hispanic Peninsula, in the "Iberic Alphabet".

First, by comparing the phonetic system in various Iberic written signariours and in celtic languages, this study will show that the Iberic written system correspond fairly well, in some major aspects, to Celtic phonetics.

Secondly, in comparing the phonetic system evidenced by Iberic signariours with the evolution of the sound pattern of Castillan, we shall remark that some evolving trends of the latter can be accounted for by a Celtic linguistic substratum.

El problema que aquí plantaremos es el porqué del especial sistema que ofrece en todas sus variantes, desde el norte hasta el sur de la Península Hispánica, la comúnmente llamada escritura ibérica, consistente en una curiosa combinación de signos alfabéticos y de signos silábicos que, aunque con ligeras particularidades formales según las zonas geográficas, constituye fonéticamente un conjunto unitario utilizado por algunos pueblos hispanos prerromanos para transcribir sus lenguas.

Desde el siglo XVI, veníase trabajando sobre la escritura ibérica, mas no se había logrado hallar la solución final. Durante siglos, los eruditos lucharon por desentrañar el misterio de esta escritura, rompiéndose sus intentos contra la coraza que impedía su lectura. Tras los esfuerzos realizados por varias generaciones de investigadores, fue consiguiéndose hallar la clave de algunos signos, claramente alfabéticos; pero precisamente el hecho de que resultasen alfabéticos los signos ya descifrados contribuyó a retrasar el desciframiento decisivo, hasta que por fin descubriría Manuel GÓMEZ-MORENO hacia 1920¹, aunque hubo de llegarse a 1940² para que sus conclusiones se aceptasen, que quince de los signos

eran no alfabéticos sino silábicos, sirviendo cinco de ellos para marcar las oclusivas bilabiales sonoras (*ba, be, bi, bo, bu*) y los otros diez para marcar las oclusivas dentales y velares, tanto sonoras como sordas (*ta/da, te/de, ti/di, to/do, tu/du; ka/ga, ke/ge, ki/gi, ko/go, ku/gu*).

Con su genial visión, GÓMEZ-MORENO obtuvo así, tras años de “tanteos”, como él dice, la clave básica del enigma, mostrando que la escritura ibérica, con 27 signos, formaba en realidad un sistema mixto³.

Pero con todo, esta escritura sigue guardando aún un misterio de su cuna, aún sigue sin respuesta el porqué del sistema que dicho signario nos ofrece.

En lo tocante a sus orígenes geográficos, aun cuando por motivos frecuentemente personales no falten hoy los partidarios del sudeste como foco inicial, la doctrina más constante señala que el primer sistema de escritura ibérica surgió en el sudoeste de la Península Hispánica, como muy tarde sobre el siglo VII antes de nuestra era⁴ si ello no ocurrió en fechas bastante más remotas, precisamente por la zona donde floreció, hacia ese mismo siglo VII anterior a Jesús, el ya entonces antiguo reino de Tartessos del cual nos hablan, mencionando por cierto a un rey Argantonios cuyo nombre es de clara estirpe celta, HERODOTO⁵, ESTRABÓN⁶ y la *Ora Marítima* de AVIENO⁷. Dicho sea de paso, la existencia de numerosas inscripciones en escritura ibérica parece corroborar, como lo piensa GÓMEZ-MORENO⁸, la exactitud, por supuesto matizable, del relato de ESTRABÓN, el cual, hablando de la Iberia recién romanizada, expone que los turdetanos “tienen escritura y escritos históricos en prosa y poesía, y leyes en forma métrica que, según se dice, datan de seis mil años”⁹.

Esta primera escritura ibérica sudoccidental, a la que su descifrador GÓMEZ-MORENO llama tartesia en su obra *Misceláneas*, fue luego al parecer extendiéndose, con ligeras variantes fundamentalmente formales, por el sudeste peninsular, se desplazó más tarde hacia el norte y fue adoptada finalmente, se piensa, por los celtíberos allí instalados. En cualquier caso, como lo señala Manuel GÓMEZ-MORENO, “es notorio que nos hallamos ante (...) fases consecutivas de una misma escritura, hecho comprobable por cotejo de los respectivos signarios”¹⁰.

Que la unidad fonética entre las diversas escrituras ibéricas es prácticamente total puede observarse comparando dos de las principales variantes, reproducidas por nosotros en el gráfico nº 1, que, en *Misceláneas* (p. 275) y en *La Escritura Bástulo-Turdetana* (p. 892), nos da GÓMEZ-MORENO¹¹: la variante del nordeste peninsular utilizada por los celtíberos, a la que GÓMEZ-MORENO llama “tipo ibérico” (columna A) y que es fundamentalmente idéntica a la levantina utilizada en la zona del sudeste hispánico, y la variante meridional del sudoeste peninsular, designada por él en un primer tiempo con el nombre de “tipo tartesio” (columna B) y más tarde, englobando un espacio territorial mayor, con el de “tipo bástulo-turdetano” (columna C). En efecto, admitiendo las conclusiones de GÓMEZ-MORENO, sin olvidar claro está las reservas exigidas por las incertidumbres que todavía pesan sobre el valor fonético de algunos signos tartésicos para los que

dicho sabio no nos da valor fonético ninguno, signos que acaso sólo sean simples variantes gráficas locales de otros signos, podemos afirmar que los fonemas y los grupos de fonemas representados por los diversos tipos de escritura ibérica coinciden entre sí.

De esta profunda unidad fonética que el cotejo de las escrituras ibéricas más alejadas entre ellas nos ofrece se desprende que las hipótesis sobre los orígenes de una de ellas podrán extenderse a las demás.

Sobre la génesis misma de la escritura ibérica no existen sino meras suposiciones más o menos divergentes. Así, mientras que GÓMEZ-MORENO indica que “reviste caracteres de probabilidad máxima (...) admitir que los alfabetos ibéricos nacieron en Andalucía, como fruto de la civilización tartesia, en fecha remota pero imprecisable hoy”, y que “su tipo gráfico los pone cerca de lo cretense y chipriota y antes que lo fenicio”¹², y mientras que Antonio TOVAR, aunque sin excluir eventuales influencias procedentes de sistemas silábicos y de sistemas alfabéticos anteriores, señala que “se trata probablemente de una creación original, de una combinación realizada por un verdadero inventor”, que “quizá buscó un método adecuado a la lengua para la cual fue sin duda inventado el sistema”¹³, ciertos especialistas, buscando parentescos semíticos según es costumbre en este género de asuntos, les asignan sistemáticamente a las escrituras ibéricas unos orígenes fenicios que, dadas las respectivas estructuras, son poco menos que imposibles. En efecto, si visto lo que la evolución histórica de antiguas escrituras nos enseña puede admitirse sin reparos el que un signario total o parcialmente silábico desemboque, por simplificación, en un signario alfabético, difícilmente comprendería uno el que un signario como el fenicio, cuyos grafemas marcaban todos ellos aisladamente las consonantes sin ninguna indicación de vocalismo, pasase a un estadio de notación silábica. Este curioso salto atrás resultaría tanto más inverosímil cuanto que, disponiendo de escritura ibérica de cinco signos para marcar las vocales *a, e, i, o, u*, lo más sencillo hubiera sido, tal como ya se hizo en otros casos similares históricamente atestiguados, el combinar los hipotéticos signos “fenicios” consonánticos, subsanando las carencias del signario semita, con los signos vocálicos ibéricos, igual que ocurre en las escrituras totalmente alfabéticas como lo son la griega y la latina¹⁴.

En cuanto a cuál puede haber sido la lengua para la que se creó el signario ibérico y cuál haya podido ser el pueblo que la hablaba, sabido es que si los eruditos siguen pensando aún hoy que los celtíberos del norte hispánico tomaron la escritura ibérica procedente del sur peninsular, adaptándola a su propia lengua céltica, también piensan hoy muchos eruditos que la escritura ibérica del sudoeste fue ideada por un pueblo al que, sin conocerse demasiado sus orígenes, se le niega por principio su pertenencia al mundo celta.

Pues bien, comparando el sistema fonético que las diversas variantes de escritura ibérica atestiguan con el sistema fonético arrojado por las lenguas célticas, sistema este último seguramente ya rastreable en las antiguas inscripciones célti-

cas lepónticas, como luego veremos, nosotros comprobaremos que la escritura ibérica, en todas sus variantes, corresponde bastante perfectamente en ciertos puntos claves a la fonética céltica observable o reconstruible, con lo que no es difícil que esta escritura, lejos de constituir como suele afirmarse generalmente un sistema creado por un pueblo de habla desconocida no indoeuropea y adaptado más tarde con dificultades por los celtíberos a su propia lengua céltica, resulte en realidad, ya en su forma inicial del sudoeste, obra exclusiva, como sistema, de una raza celtohablante establecida probablemente desde antiguo por el sur de la Península Hispánica.

Para mostrar esto, sin detenernos a indagar ahora cuáles hayan podido ser los orígenes formales de tal o cual signo en la escritura ibérica, expondremos aquí cómo ciertas características fonéticas de esta escritura concuerdan en realidad con algunos particularismos significativos de los sistemas fonéticos célticos.

En efecto, las escrituras ibéricas presentan particularidades fonéticas que suelen achacarse a la fonética de la llamada lengua ibérica, lengua de la que hasta el momento no se conocen por cierto más escritos que los que hoy por hoy no pueden todavía asignarse a ninguna lengua conocida o reconocible. Entre estas particularidades fonéticas, estudiaremos principalmente las tres siguientes, que, analizadas con serenidad, revelarán asombrosas concordancias con la fonética céltica: la carencia de grafema para transcribir la *p*, la carencia de grafema para transcribir la *fy* y la naturaleza bivalente de los grafemas con que se transcriben las oclusivas dentales y guturales o velares.

1) *Carencia de grafema para transcribir la p*. Sabido es que el céltico posee una característica que lo distingue particularmente de las demás lenguas indoeuropeas, y es que la *p* indoeuropea se pierde en situación inicial e intervocálica, y en los grupos consonánticos interiores se modifica, con lo que las lenguas célticas carecen de dicha *p*. Así, en antiguo irlandés arcaico, la palabra correspondiente al latín *pater*, procedente de una forma indoeuropea común, es *athir*, con pérdida de *p* inicial.

Cierto es que las lenguas célticas clásicamente llamadas britónicas o del grupo celta de *p*, como lo son el galo, el lepóntico y el bretón, transforman la labiovelar indoeuropea **kw* en *p*, con lo que estas lenguas célticas, aun perdiendo la antigua *p* indoeuropea, poseerán con todo dicha oclusiva sorda por innovación; pero las lenguas célticas tradicionalmente llamadas del grupo celta de *q*, como lo son el irlandés y el celtibérico, conservan tal cual la labiovelar **kw*, o la transforman, por pérdida del componente labial, en *k*, con lo cual dichas lenguas célticas carecerán en absoluto del sonido *p*¹⁵.

Careciendo pues totalmente de *p* el celtibérico¹⁶, tal como también ocurre con el antiguo irlandés arcaico, no es de extrañar que la escritura ibérica del norte no tenga ningún signo para transcribir dicho sonido, como tampoco tiene signo alguno para marcar la *p* la escritura ogámica irlandesa. Ahora bien, si consideramos

que esta falta de *p* en la escritura ibérica del norte se debe a la vieja fonética céltica común, tendremos que aceptar también el que una explicación similar pueda aducirse, postulando la antigua existencia en el sur peninsular de alguna lengua igualmente carente de este sonido, para justificar la ausencia de *p* que observamos asimismo en las escrituras ibéricas del sudeste y del sudoeste. De lo contrario, paradójicamente, serían las escrituras ibéricas más antiguas, esto es, las del sur peninsular, las “inadaptadas” a las lenguas por ellas transcritas, cosa que no resultaría demasiado fácil de aceptar.

2) *Carencia de grafema para transcribir la f*. Otra especial particularidad de la escritura ibérica es que ninguna de sus variantes posee signo alguno para transcribir la *f*, coincidiendo en esto, de modo a nuestro parecer significativo, tanto con lo que nos muestran la escritura ogámica irlandesa y la escritura céltica de Lugano, de la que hablaremos luego, escrituras que carecen igualmente de signo para marcar la *f*, como con lo que observamos en inscripciones galas, en las que efectivamente “la letra F (...) no aparece nunca en los nombres célticos”¹⁷.

Esta ausencia de *f* en las antiguas lenguas célticas, característica cierto es compartida con otras lenguas indoeuropeas pero no con el latín, no tiene por qué extrañarnos, pues, como es bien sabido, el céltico común carece de *f* totalmente, siendo este sonido, cuando se desarrolla en un lengua céltica, tardío.

La escritura ibérica, en todas sus variantes, se adapta pues perfectamente una vez más, igual que ocurre en el caso de la *p*, no sólo a la transcripción del celtibérico sino también a la de cualquier otra posible antigua lengua céltica, incluyendo a las que antaño pueden haberse hablado por el sur peninsular.

Señalemos aquí, en fin, que la pérdida de la *f* latina que experimentará más tarde el castellano, imputada generalmente a la influencia del vascoence, quizá pueda deberse mayormente aún al substrato celta, que la carencia de signo para marcar la *f* en la escritura ibérica parece revelar.

3) *Naturaleza bivalente de los grafemas con que se transcriben las oclusivas dentales y guturales o velares*. Desde que GÓMEZ-MORENO descifró los signos con los que las escrituras ibéricas transcriben las oclusivas, viene repitiéndose que dichos signos poseen dos pesadas rémoras: la una, que analizaremos en este tercer párrafo, sería su naturaleza bivalente, consistente en que un mismo signo sirve para indicar la oclusiva sorda o la sonora; la otra, que dejaremos para un ulterior trabajo, sería su carácter silábico, que impide representar las oclusivas sin apoyo vocálico, con lo que no podían transcribirse los grupos formados por oclusiva seguida de líquida.

En lo que atañe a la naturaleza bivalente de los signos con los que se representan las oclusivas dentales y velares, la solución quizá se halle en la propia naturaleza de la lengua para la que fue creada, por la zona tartesia, la primera escritura ibérica.

Hace cincuenta años, defendiendo el posible parentesco hoy ya abandonado entre el hipotético idioma ibérico y el idioma vasco, Antonio TOVAR exponía que “la aparente imperfección de los signos (ibéricos) (,) que no distinguen si la consonante es sorda o sonora”, “no sería imperfección sino por el contrario (...) gran perfección para un lenguaje (...) en el (que) la fonética sintáctica definiera en cada caso la calidad sorda o sonora de la oclusiva”¹⁸. “Con tal artificio, dice TOVAR, sería más fácil reconocer la identidad de palabras o morfemas”¹⁹. Incluso en otro pasaje, aludiendo precisamente esta vez a la lengua de los celtíberos, TOVAR va más allá, afirmando explícitamente que “las mismas particularidades del alfabeto indígena (ibérico) no eran del todo inadecuadas para lenguas como las célticas”²⁰. Pues bien, sirviéndonos ahora nosotros de dicho razonamiento para establecer la probable paternidad céltica de la escritura ibérica, veremos que las palabras de TOVAR pueden perfectamente fundamentar nuestra argumentación.

Como nos lo indica François FALC’HUN, “es bien conocida esta particularidad de las lenguas célticas que provoca la alternancia de ciertas consonantes en las iniciales de las palabras”²¹. En efecto, la fonética sintáctica o de posición en las oclusivas es una característica que hallamos frecuentemente en las diversas lenguas célticas, cosa rastreable tanto en ciertas antiguas lenguas célticas conocidas como en todas las lenguas célticas modernas.

Sin que en principio sirva ello de distinción fonológica alguna, en varias de las lenguas célticas en que se da el fenómeno de fonética sintáctica se pronunciarán las oclusivas como sordas o como sonoras según la posición, con lo que, en una misma palabra, será la situación relativa de un sonido lo que hará que la oclusiva se realice de un modo o de otro. Ahora bien, si suponemos que la lengua para la cual se creó la escritura ibérica puede haber sido una lengua céltica de este tipo, se justificarán plenamente los signos bivalentes que dicha escritura posee para marcar las oclusivas dentales y velares, ya que con ello se evita el ortografiar una misma palabra, en función de su posición en la frase, de dos formas diferentes²².

Que el fenómeno de fonética sintáctica no se observe en lenguas célticas clásicamente documentadas hasta ya iniciada la Edad Media, hacia el siglo V de nuestra era, no excluye el que este fenómeno haya podido producirse anteriormente a dichas fechas en algunas otras lenguas célticas aún hace poco prácticamente desconocidas, como es el caso del celtibérico, o quizá el de otras lenguas o variantes célticas antiguamente habladas asimismo en la Península Hispánica, o como también pudiera ser tal vez incluso el caso del lepóntico.

Verdad es que muchas inscripciones celtibéricas en caracteres latinos no marcan una sorda o una sonora según la posición de las oclusivas, con lo cual no parecen reflejar el fenómeno de fonética sintáctica. Ahora bien, si es cierto que numerosas inscripciones transcriben en efecto las voces comunes celtibéricas obedeciendo normalmente a una ortografía invariable de origen en general etimológico, quizás por tenerse en cuenta más o menos conscientemente la or-

tografía de vocablos latinos equivalentes o afines a vocablos celtibéricos, esto no sucede así tan sistemáticamente cuando se trata de nombres propios, como podemos verlo en los teónimos y en los antropónimos. Efectivamente, aun indicando aquí que cuando la oclusiva es inicial sólo aparecen estos últimos en principio con una ortografía única, como hace años lo señalaba ya TOVAR²³, también indicaremos que cuando las oclusivas son anteriores se observan frecuentes dobles de nombres propios en los que la oclusiva aparece ya con sorda, ya con sonora.

La ortografía invariable de los nombres comunes celtibéricos que hallamos en las transcripciones con caracteres latinos se justifica plenamente, pues dado que en latín cambia el sentido según que la palabra lleve una sorda o una sonora (cosa que puede verse por ejemplo si comparamos los vocablos latinos *callus* y *gallus*), resultaba sin duda inaceptable para un latino hablante el que un mismo vocablo se ortografiara diferentemente en función de la posición en la que se encontrase la oclusiva. A su vez, la doble ortografía con sorda o con sonora, según los casos, de las transcripciones en caracteres latinos, que observamos en algunos nombres propios autóctonos peninsulares (*Betunus/Bedunus*, *Douitena/Douidena*²⁴, por ejemplo), podría acaso explicarse porque, al carecer generalmente dichos nombres propios de sentido para los pueblos que no los habían creado, tal como suele suceder con este tipo de nombres, los latino hablantes no siempre consideraban, aunque así era sin embargo, que se tratase de dobles de un mismo vocablo, sino que sentían probablemente a muchos de estos dobles como nombres propios diferentes entre sí, transcribiéndolos pues como los oían ellos pronunciar, esto es, ya con sorda, ya con sonora, según el caso.

Los dobles de nombres propios con alternancia de las oclusivas interiores no reflejan, claro está, precisamente el fenómeno de fonética sintáctica, en virtud del cual se modifican ciertas consonantes iniciales en función del último sonido de la palabra precedente; pero sí pudieran reflejar dichos dobles un fenómeno afín, que es el del paso general hacia la sonorización de los sonidos sordos interiores, observable en diversas lenguas célticas, con lo que lejos de suponer siempre dos realizaciones paralelas, una con sorda y otra con sonora, estos dobles también revelarían sin duda muchas veces, en cada localidad donde aparecen, dos estados sucesivos. Aun pudiendo ser fruto, pues, de una alternancia sincrónica, la doble ortografía que observamos cuando la oclusiva es interior en vocablos célticos hispánicos escritos en caracteres latinos también refleja probablemente, acaso con frecuencia, un fenómeno diacrónico de evolución fonética. Tendremos así en esta última hipótesis un estado anterior, con sorda, frente a un estado posterior, con sonora. Huelga decir que el fenómeno diacrónico de sonorización no se había, claro está, generalizado a un tiempo uniformemente en los mismos casos por todo un territorio, lo cual pudiera acaso justificar por cierto, conjuntamente con la fonética sintáctica, la existencia en escrituras célticas de signos bivalentes, particularmente ventajosos para transcribir entonces con una misma ortografía las

oclusivas sordas y sonoras. Favorecido quizá por el substrato celta, seguirá observándose aun más tarde el fenómeno de sonorización a lo largo de todo el Medioevo en varias lenguas romances occidentales, tal como lo muestran la mayoría de los dialectos románicos hispanos, llegando incluso en ciertas zonas sus repercusiones hasta nuestros días.

En cuanto a la permanencia de la oclusiva sorda inicial en nombres propios célticos, que la escritura en caracteres latinos nos ofrece, quizá debamos tener presente el que estos nombres se encuentran sobre todo en inscripciones breves, en las que, dado el carácter lapidario de las mismas, siguen hallándose, aun yendo precedidos por alguna otra palabra, como independientes de su entorno. Aisladamente, en efecto, las palabras célticas con oclusiva sorda inicial tenían sin duda, como cualquier otra palabra, por supuesto, una sola pronunciación, modificable sincrónicamente en función del lugar ocupado por ellas en la frase, y era probablemente la pronunciación de la palabra aislada la que los latinohablantes transcribían normalmente con sus propios caracteres latinos.

De hecho, en realidad, mientras que en ciertas circunstancias se habían ido sonorizando las oclusivas sordas interiores, las oclusivas sordas iniciales, por el contrario, habían permanecido en un principio inalteradas (cosa que bien pudiera ciertamente contribuir también a explicar en parte al menos la ortografía única de las palabras célticas con oclusiva inicial escritas en caracteres latinos); pero al anteponerles a las palabras célticas que comenzaban con oclusiva sorda determinados vocablos que venían como quien dice a fundirse en ellas, la oclusiva sorda inicial, entrando en contacto con el último sonido de la palabra anterior, pasaba frecuentemente a realizarse como si fuese interna, sonorizándose tal como las oclusivas sordas interiores lo habían hecho ya.

Dicho sea de paso, señalemos aquí que el fenómeno de fonética sintáctica característico de muchas lenguas célticas puede por cierto comprenderse fácilmente si lo situamos dentro de un amplio proceso de sonorización, proceso que se verá luego englobado a su vez en un movimiento más general de lenición, entendiendo por ello tanto la sonorización de las oclusivas sordas interiores como la fricativización en la misma posición de las oclusivas sonoras y como, por fin, la desaparición de las fricativas interiores tras haberse previamente convertido en un ligero soplo.

A título de ejemplo sobre la fonética sintáctica, podemos ver cómo se plantea hoy en bretón²⁵ este fenómeno. Ciertamente es que, aunque dicha fonética sigue jugando todavía un importante papel en este idioma hablado aún en el noroeste del territorio ocupado por Francia, “las mutaciones desempeñan hoy en la lengua (bretona) una importante función morfológica y semántica”²⁶, esto es, en realidad, fonológica; pero en su origen, como ocurre en las demás lenguas célticas, las mutaciones eran hechos puramente fonéticos.

En sincronía, el problema de la fonética sintáctica se plantea hoy en bretón del siguiente modo:

a) Mutación por lenición. Bajo la influencia de ciertos elementos proclíticos (pronombres, preposiciones, partículas verbales) que los preceden inmediatamente, o cuando la palabra en la que se encuentran forma cuerpo íntimamente con la palabra precedente, los fonemas iniciales oclusivos sordos se sonorizan mientras que los fonemas iniciales oclusivos sonoros y /m/ inicial se transforman en fonemas fricativos sonoros del mismo orden. Tenemos pues:

/p t k/ > /b d g/

/b d g m/ > /v z h v/

Ejemplos (en grafía usual): *penn* “cabeza”, *tad* “padre”, *kad* “combate”, pero *e benn* “su cabeza (de él)”, *e edad* “su padre (de él)”, *e gad* “su combate (de él)”; *bazh* “bastón”, *dorn* “mano”, *gar* “pierna”, *mamm* “madre”, pero *e vazh* “su bastón (de él)”, *e zorn* “su mano (de él)”, *e c’har* “su pierna (de él)”, *e vamm* “su madre (de él)”.

b) Mutación por espiración. Después de ciertos elementos proclíticos (pronombres, cardinales), los fonemas iniciales oclusivos sordos se transforman en fonemas fricativos sordos del mismo orden. Tenemos, pues:

/p t k/ > /f s x/

Ejemplos (en grafía usual): *penn* “cabeza”, *tad* “padre”, *kad* “combate”, pero *he fenn* “su cabeza (de ella)”, *he zad* “su padre (de ella)”, *he c’had* “su combate (de ella)”.

Analizados ya los tres puntos precedentes de la escritura ibérica, señalaremos por fin aquí, a título de elemento complementario, que, tal como puede verse en el gráfico número 2²⁷, el sistema fonético representado por la escritura ibérica, en todas sus variantes peninsulares, es fundamentalmente idéntico al sistema fonético que ofrece la escritura celta de Lugano con que se transcribe la lengua céltica lepóntica.

En efecto, exceptuando la *r* suplementaria de la escritura ibérica, no solamente coinciden en ambas escrituras los sonidos que cada una de ellas nos ofrece, sino que el paralelismo llega hasta tal punto que la escritura de Lugano, del mismo modo que las escrituras ibéricas, posee dos signos para transcribir sonidos sibilantes y confunde en un solo signo bivalente la oclusiva sorda y la oclusiva sonora.

En lo referente a los signos sibilantes de la escritura de Lugano, desconocemos su exacto valor fonético diferencial, como ignoramos asimismo cuál pueda ser exactamente el fonetismo de los dos signos para sibilantes que las escrituras ibéricas poseen²⁸. Con todo, aunque hoy por hoy no alcancemos todavía a percibir la causa de esta distinción, sí podemos al menos aceptar, con Michel LEJEUNE, que “si el alfabeto de Lugano ha retenido en su repertorio usual (...) a la vez *s* y *ʃ* es probablemente porque la oposición de una sibilante normal (...) y de una sibilante fuerte (...) era sentida como fonológicamente pertinente”²⁹, como también podemos admitir que es sin duda por esto mismo por lo que las escrituras ibéricas distinguen igualmente dos sibilantes.

En lo tocante a la bivalencia de los signos con los que en la escritura de Lugano se marcan las oclusivas, pudieran acaso algunos aducir simplemente, para explicarla, que dado que ya la escritura etrusca, por carecer la lengua etrusca de oclusivas sonoras sólo tenía signos para marcar las oclusivas sordas, se trataría sencillamente aquí de una característica gráfica heredada. Pero esto no puede bastar como argumento, pues el signario de Lugano, lejos de resultar un mero calco de la escritura etrusca, revela por el contrario adaptaciones a la fonética céltica del lepóntico, como lo muestra por ejemplo el hecho de poseer no un signo sino dos para las sibilantes, cuando en su modelo la escritura etrusca no poseía más que uno. Por consiguiente, del mismo modo que la escritura de Lugano creó un signo suplementario para una sibilante, sin duda por disponer fonológicamente de dos sibilantes el lepóntico, así también, si su sistema fonológico lo hubiera exigido, habría probablemente dicha escritura de Lugano creado signos suplementarios para las oclusivas sonoras. Más que a una herencia etrusca, la bivalencia de los signos con que la escritura céltica de Lugano transcribe las oclusivas se deberá sin duda pues, como según pensamos ocurre en el caso de la escritura ibérica, a la fonética céltica de posición expuesta más arriba.

Pero no para aquí el paralelismo que ofrecen la escritura de Lugano y la escritura ibérica, ya que hasta coinciden en un importante punto negativo, manifestando la ausencia de un mismo elemento fonético ambas escrituras: como la escritura ibérica, la escritura céltica de Lugano, siguiendo en esto la pauta de todas las antiguas lenguas célticas escritas, carece de signo para transcribir la *f*. Y no es que faltase signo para ello en el signario que había sido su modelo, es decir, en el alfabeto etrusco, que sí tenía signo para la *f*, por lo que está bien claro que si los lepónticos no utilizaron dicho signo es porque ellos no poseían el sonido correspondiente.

Solamente en tres puntos, que no parecen restarle valor a la comparación, difieren las dos escrituras. En primer lugar, la escritura ibérica distingue como ya lo hemos visto dos *r*, mientras que la escritura de Lugano carece de dicha distinción. En segundo lugar, ninguna variante de la escritura ibérica marca la *p*, pues el grafema para la oclusiva labial, como ya sabemos, es en esta escritura monovalente y sólo transcribe la oclusiva sonora, probablemente por no existir en las lenguas célticas peninsulares la oclusiva labial sorda; por el contrario, el signo que en la escritura de Lugano marca la oclusiva labial, igual que los que marcan en esta escritura las oclusivas dentales y velares, es bivalente, transcribiendo así pues tanto la sonora labial como la sorda, lo cual se debe, tal como ya lo dejamos indicado, a que si bien es cierto que por un lado todas las lenguas célticas pierden la *p* indoeuropea o la transforman, y por lo tanto no precisan dichas lenguas de ningún signo para indicar este sonido, sí necesitan con todo un signo para la *p* las lenguas célticas que, como el lepóntico, han innovado, transformando la labiovelar **kw* indoeuropea en *p*. Por fin, en tercer lugar, difieren las escrituras ibéricas de la escritura de Lugano en que, mientras que las escrituras ibéricas constituyen un

sistema mixto, con caracteres alfabéticos y con caracteres silábicos, la escritura de Lugano, por herencia del signario etrusco, constituye un sistema totalmente alfabético.

Las coincidencias fonéticas observadas entre la escritura ibérica y la escritura céltica de Lugano no pueden fácilmente ser fruto del azar. Dado, pues, el paralelismo fonético que presentan entre sí dichas escrituras, y puesto que la escritura de Lugano fue creada para transcribir una lengua celta adaptando a su propio fonetismo el alfabeto etrusco, no es improbable que la escritura ibérica, a su vez, haya sido creada en el sur peninsular hispánico para la transcripción de una antigua lengua celta.

En nuestro caminar hacia las fuentes de las que antaño surgieron los signarios paleohispánicos, llegamos aquí por fin a un primer hito.

Los argumentos fonéticos invocados en el presente trabajo confirman la coherencia de nuestra tesis sobre los orígenes celtas del sistema que el signario ibérico parece revelarnos. En efecto, tanto la ausencia de signos para marcar la *p* y la *f* como la bivalencia fonética de los signos con los que se marcan las oclusivas labiales y velares hacen que la paternidad céltica del sistema manifestado por las escrituras ibéricas sea cuando menos altamente verosímil.

En un próximo estudio, resucitando viejos textos griegos y romanos, así como apoyándonos en datos que topónimos, antropónimos y teónimos nos ofrecen, veremos cómo fonética y semántica alumbran los albores de nuestros autóctonos signarios.

Notas

1. Manuel GÓMEZ-MORENO: "De Epigrafía: El Plomo de Alcoy", en *Revista de Filología Española*, tomo IX, pp. 341 ss., Madrid 1922. Idem: "Sobre los Íberos y su Lengua", en *Homenaje a Menéndez Pidal*, III, pp. 475 ss., Madrid, 1925.
2. Manuel GÓMEZ-MORENO: "La Escritura Ibérica y su Lenguaje", en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, pp. 252 ss., Madrid 1943, Idem: *misceláneas: Historia -Arte- Arqueología*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 1949.
3. Para la historia del desciframiento de la escritura ibérica, puede consultarse la exposición que el propio GÓMEZ-MORENO hace en su citada obra *Misceláneas*.
4. Véase Javier de HOZ: "La Lengua y la Escritura de los Celtíberos", en *Celtíberos*, p. 146, Diputación de Zaragoza, Zaragoza, 1988.
5. *Historia*, I, 163.
6. *Geografía*, lib. III, caps. I y II.
7. Véase la edición de A. SCHULTEN, colección "Fontes Hispaniae Antiquae", Universidad de Barcelona, fascículo I, Librería Bosch, Barcelona, 1955.
8. "La Escritura Bástulo-Turdetana (Primitiva Hipánica)", en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXIX, 2, p. 882, Madrid, 1961.
9. *Geografía*, lib. III, cap. I, párr. 6.
10. *La Escritura Bástulo-Turdetana*, p. 888.

11. Véase el gráfico número 1 (las dos primeras columnas, A y B, figuran en *Misceláneas*; la tercera columna, C, aparece en *La Escritura Bástulo-Turdetana*).
12. *Misceláneas*, p. 228.
13. “Les Ecritures de l’Ancienne Hispania”, en *Le Déchiffrement des Ecritures et des Langues*, p. 15 (texto traducido por el autor del artículo), París, 1975.
14. Señalemos aquí que el “signario” de *Espanca*, recientemente hallado en el sur de Portugal (1987), sobre el cual se han realizado ya algunos breves trabajos con arriesgadas suposiciones, no ha aportado hasta hoy, a nuestro parecer, nuevos elementos convincentes que contradigan las teorías defendidas por GÓMEZ-MORENO y por TOVAR.
15. Para una clara y rápida exposición en español de este fenómeno, véase por ejemplo Francisco VILLAR LIÉBANA: *Los Indoeuropeos y los Orígenes de Europa*, pp. 334-339, Editorial Gredos, Madrid 1991. En general, sobre las lenguas célticas, puede consultarse la obra de H. LEWIS y H. PEDERSEN que lleva por título *Concise Comparative Celtic Grammar*, Göttingen, 1937.
16. Sobre el celtibérico, véase la excelente exposición que de esta lengua hace Joaquín GORROCHATÉGUI: “Descripción y Posición Lingüística del Celtibérico”, en *Anuario de Filología Vasca “Julio de Urquijo”*, Gehigarriak XIV, pp 3-31, Diputación Foral de Guipúzcoa, San Sebastián, 1991. En torno al celtibérico, puede también consultarse el trabajo de F. ESKA, sobre el “bronce de Botorríta”, que lleva por título *Towards an Interpretation of the Hispano-Celtic Inscription of Botorríta*, Innsbruck, 1989.
17. *La Langue Gauloise*, p. 48 (texto traducido por el autor del artículo), Librairie Klincksieck, París, 1918.
18. *Estudios sobre las Primitivas Lenguas Hispánicas*, p. 17, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1949.
19. *Estudios sobre las Primitivas Lenguas Hispánicas*, p. 19.
20. *Estudios sobre las Primitivas Lenguas Hispánicas*, p. 30.
21. *Le Système Consonantique du Breton*, p. 84 (texto traducido por el autor del artículo), Pihon Librairie, Rennes, 1951.
22. Aunque para facilitar la comprensión entre los romanistas hablemos aquí tan sólo de oclusivas sordas y sonoras, habría en realidad que hablar también, tratándose de lenguas célticas, de fuertes y de débiles.
23. “De sonorización de iniciales tenemos (únicamente) tres o cuatro ejemplos” (*Estudios sobre las Primitivas Lenguas Hispánicas*, p. 141).
24. Véase María Lourdes ALBERTOS FIRMAT: “La Onomástica de la Celtiberia”, en *Actas del II Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*, pp. 151 y 153, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 1979.
25. Agradecemos sus observaciones y comentarios al ilustre celtólogo Goulven PENNAOD, coautor con Paul Marie DUVAL del magnífico trabajo sobre el calendario galo de Coligny (*Recueil des Inscriptions Gauloises*, vol. III: *Les Calendriers*, Editions du CNRS, París 1986), y al eminente celtólogo e hispanista Robert OMNES, profesor en la Universidad de Brest (Bretaña).
26. La primera columna de dicho gráfico, como ya queda indicado más arriba, figura en *Misceláneas* de GÓMEZ-MORENO (p. 275); la segunda columna está sacada de los datos proporcionados por Michel LEJEUNE en su obra que lleva por título *Lepónica*, pp. 13-14 (Société d’Edition “Les Belles Lettres”, París, 1971).

27. Véase Javier de HOZ, obra cit., p. 147. Para el estudio de los dos signos con que se marcan las sibilantes en las escrituras ibéricas, pueden sobre todo consultarse el artículo de Jaime SILES que lleva por título “Über die Sibilanten in Iberischer Schrift”, en *Actas del II Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*, pp. 81-99 (Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca 1979), y el reciente trabajo de Francisco VILLAR que lleva por título “Las Silbantes en Celtibérico”, en *Lengua y Cultura en la Hispania Prerromana. Actas del V Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*, pp. 773-811 (Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 1993).
28. Michel LEJEUNE: *Lepóntica*, p. 17.

	A	B	C	
vocales	PPPPV	a	AA	a
	EEEEV	e	EEEH	e
	IIIV	i	IIIV	i
	HHHN	o	HHHN	o
	UUUV	u	UUUV	u
líquidas	LL	l	l	l
	RR	r	RR	r
	RRRR	r	RR	r
nasales	VVVV	m	VVVV	m
	NN	n	NN	n
sibilantes	SS	s	SSSS	s
	MM	ʃ	MM	ʃ
oclusivas	l	ba	ll	ba
	RRRRVV	be	ll	be
	pp	bi	rr	bi
	xx	bo	x	bo
	o	bu	oo	bu
	x	ca/ta	x+	ca/ta
	ee	ce/te	ee	ce/te
	ii	ci/ti	ii	ci/ti
	oo	co/to	oo	co/to
	uu	cu/tu	uu	cu/tu
	ee	ca/ka	ll	ca/ka
	ee	ce/ke	xx	ce/ke
	ii	ci/ki	ll	ci/ki
	oo	co/ko	ll	co/ko
	oo	cu/ku	ll	cu/ku

Gráfico nº 1

	Escritura Ibérica		Escritura de Lugano	
vocales	ƆƆƆƆƆ	<u>a</u>	↗	<u>a</u>
	ƆƆƆƆƆ	<u>e</u>	↘	<u>e</u>
	ƆƆƆƆ	<u>i</u>		<u>i</u>
	ƆƆƆƆ	<u>o</u>	○	<u>o</u>
	↑↑Λ↑	<u>u</u>	∨	<u>u</u>
líquidas	↑ΛΛ	<u>l</u>	∨	<u>l</u>
	∠∠∠	<u>r</u>	∠	<u>r</u>
	∠∠∠∠∠	<u>r</u>		
nasales	∨∨∨∨∨	<u>m</u>	∨	<u>m</u>
	∨∨	<u>n</u>	∨	<u>n</u>
sibilantes	∠∠∠	<u>s</u>	∠	<u>s</u>
	∠∠	<u>z</u>	∠	<u>z</u>
oclusivas	∠	<u>ba</u>	∠	<u>b/p</u>
	∠∠∠∠∠∠∠	<u>be</u>		
	∠∠	<u>bi</u>		
	∠∠∠∠	<u>bo</u>		
	∠	<u>bu</u>		
	∠	<u>da/ta</u>	∠	<u>d/t</u>
	∠∠∠∠∠	<u>de/te</u>		
	∠∠∠∠∠	<u>di/ti</u>		
	∠∠∠	<u>do/to</u>		
	∠∠∠∠	<u>du/tu</u>		
	∠∠	<u>ga/ka</u>	∠	<u>g/k</u>
	∠∠∠∠∠∠	<u>ge/ke</u>		
	∠∠∠∠∠∠	<u>gi/ki</u>		
	∠∠∠∠	<u>go/ko</u>		
	∠∠∠	<u>gu/ku</u>		

Gráfico nº 2